

La época de la Posverdad

Jordi Corominas i Joan Albert Vicens

El diccionario de Oxford definió en el año 2016 el término “Posverdad” para referirse a aquellas circunstancias en las cuales los hechos objetivos tienen menos influencia para formar la opinión pública que la apelación a la emoción o a las creencias personales. El título de este quinto número de nuestra revista, “La época de la posverdad”, alude, sin embargo, a algo más grave y esencial que la conformación de la opinión pública a través de la emoción y los deseos personales. Nos referimos a un hecho global que afecta no solo a la llamada “opinión pública” mundial, sino a todos los saberes, a todos los medios de comunicación y que envuelve nuestras vidas. La cuestión es que la falsedad, bajo todas sus formas, ha adquirido un carácter rutinario, omnipresente y masivo; goza de una impunidad casi completa y cuenta con la colaboración activa de todos en diversa medida. Vivimos en una creciente indiferencia respecto a la mentira y no sólo se pone a ésta en el mismo plano que la verdad, como si no hubiera ya posibilidad alguna de distinción, sino que se sospecha más del que pretende buscar la verdad que del que se instala cómodamente en la mentira o en la creación de “narrativas potentes” para seducir a los demás.

Siempre el poder, y en mayor medida cuanto más totalitario, ha propagado mentiras y manipulado a las personas mediante el miedo, las emociones, las creencias y las falsas esperanzas. No obstante, los esquemas habituales que teníamos para detectar la ideología dominante de turno y todo su arsenal de manipulaciones para defender sus intereses (recuérdese la guerra de Irán) no nos sirven hoy para analizar con propiedad el *tsunami* de *fake news* que nos sacude diariamente.

Es evidente que el fenómeno es complejo y sistémico: incluye la tecnología, la economía, la composición social y la cultura. Todos reconocemos el papel decisivo que juega internet en la difusión masiva de rumores y *fake news*. Somos conscientes de cómo su instantaneidad limita la reflexión: un *tuit* de hasta 280 bytes es la negación del razonamiento. Sabemos que las grandes compañías que operan en internet utilizan algoritmos que encierran a los individuos en una especie de burbuja: nos hacen leer y ver lo que saben que nos gusta saber o creer y evitan incomodarnos con perspectivas o opiniones diferentes de las nuestras. Mientras el poder totalitario utilizaba la prensa, el cine, la radio y la televisión para manipularnos de una forma vertical: de arriba abajo, ahora en

internet este poder es más difuso y probablemente más efectivo pues son multitudes las que participan en la creación y difusión de posverdades.

Pero no basta el estudio de los condicionamientos de las redes en nuestros hábitos cotidianos para dar cuenta en toda su enjundia de la época de la posverdad en que vivimos. Tampoco es suficiente referirse a la renuncia a cualquier tipo de universalismo que suele asociarse a la postmodernidad, aunque es cierto que la posverdad se sostiene sobre una especie de relativismo radical: no hay ya una verdad sino afirmaciones diferentes que valen cada una para una parte de la sociedad o para el que se las cree o se las quiera creer. Todas las opiniones tienen el mismo valor y da lo mismo si unas son objeto de demostraciones rigurosas y otras son sencillamente delirantes.

El plano moral es también importante, pero la cacareada falta de valores con la que acaban muchos artículos no deja de ser un lamento muy poco productivo. Además, la posverdad misma se presenta a veces bajo la capa de un valor positivo: el de mostrarse cada uno tal como es a cada momento, esto es: incoherente y diferente cada día. Hoy por hoy se valora mejor que alguien diga una cosa un día y mañana la contraria que el que mantenga una cierta coherencia. O que uno predique una cosa y haga justo lo opuesto. Si hace unos años esto producía una cierta vergüen-

za ahora suscita casi admiración: se dirá que son personas "transparentes" que reconocen sus contradicciones. No hay ninguna necesidad de simular que uno defiende unos valores aunque viva según otros. Todos sabemos, por ejemplo, que Trump miente, pero precisamente se le aplaude por ello.

Tampoco se justifica el régimen de posverdad en que vivimos por la diferencia entre las "élites" y las clases populares y por la crisis de la democracia representativa y la necesidad de democratizar la democracia, aunque no cabe duda que populismos de diferente pelaje asociados a "narrativas" y posverdades poderosas encuentran un buen caldo de cultivo en el crecimiento imparable de las diferencias sociales mundiales.

Desde luego, el estudio de las neurociencias nos descubre una multitud de mecanismos psicológicos coadyuvantes de la posverdad; el hecho de que nos gusten las ficciones o que nuestros cerebros distorsionen la realidad o las bajas pasiones (se prefiere el prestigio con mentira que la verdad sin prestigio), nos pueden dar claves interesantes para comprender el funcionamiento de la posverdad. Cómo también nos las da el creciente individualismo del capitalismo global: más comunicados y con más información que nunca y, paradójicamente, más solos y desinformados. Pero, al fin y al cabo, el fenómeno de la posverdad es de tal alcance que exige una aproximación pluridisciplinar y aún

así seguirá sobrepasando, como toda realidad, nuestra reflexión.

Para intentar entonces comprender más cabalmente un fenómeno tan complejo, y al mismo tiempo la época en que vivimos, hemos pedido a personas especialistas en diferentes áreas: teoría política, arte, psicología, derecho, epistemología, sociología, psicología, filosofía y teología, sus reflexiones sobre la posverdad.

Agradecemos aquí especialmente la colaboración de Oscar Ribas Reig, ex-presidente del gobierno de Andorra, que cuenta con una dilatada experiencia política en su país, en las instituciones europeas y en entidades globales; o de Joan García del Muro, premio Francisc Vallverdú 2017 de ensayo con su obra *Good bye veritat*; y de los premiados fotógrafos Cristina Middel y Joan Fontcuberta, que nos han cedido amablemente fotografías y creaciones. Los dons nos muestran, a modo de contrapunto de la posverdad, que la ficción y la creación artística pueden contribuir a desvelar verdades profundas. También agradecemos la colaboración de amigos y conocidos y muy especialmente la de aquellos que escriben habitualmente para la revista *Perifèria* pues ello supone por su parte un esfuerzo y dedicación importantes y, lo que suele ser más difícil, constantes. Pueden encontrarse referencias de todos los autores, así como una ampliación y profundización de la temática de “La época de la

posverdad”, en el dossier con el que acompañamos este quinto número.

Los artículos, al situarse en la perspectiva que dan las diferentes disciplinas, nos sitúan ante una comprensión más profunda de la posverdad y más global ypolimórfica. Y también ante interrogantes y retos inquietantes: ¿Cómo resistirse a ella? ¿Cómo repensar la democracia, la pedagogía, la religión, la ciencia, la comunicación, el derecho, la política, en la época de la posverdad? ¿Es posible todavía formar a los jóvenes en el espíritu crítico y la discusión racional?...

Somos conscientes de que en tiempos de posverdad las teorías y las reflexiones que aquí exponemos interesarán a una minoría, y de que llegaríamos a mucha más gente creando memes que hicieran reír o expresiones breves y divertidas y aparentemente, solo aparentemente, transgresoras. Sin embargo, a contracorriente, seguimos tercamente convencidos de que “sólo la verdad nos hará libres” y de que la verdad y el poder son como el agua y el aceite: no tardan en separarse. Si alguien se atreve a decir y a buscar la verdad pagará su precio: la marginalidad, en el mejor de los casos.